

“Ganar la Calle”

Nuestra deshabituación a la vida cívica normal ha determinado que prosperen en nuestro lenguaje ciertas frases hechas —en realidad, verdaderas ideas fuertemente arraigadas en la conciencia colectiva— cuyo contenido, al menor análisis, se revela como inaceptable a cualquier mente democrática. Es explicable que un pueblo, que tantas veces ha sido frustrado en sus ansias de libertad, fecunde en silencio, con rencor y vehemencia, algunos irracionales propósitos de violencia, pero resulta más difícil de justificar que sus dirigentes, a quienes hay que considerar los más preparados de cada agrupación política, echen mano a tales instintos para resolver sus problemas electorales.

¿Quién no ha oído en el café, en la charla cotidiana, en el discurso político ante la multitud, alguna vez, aquella barbaridad de que “hay que ganar la calle”? ¿Qué significa esto? La calle es el escenario de la existencia pública, es el patrimonio de todos, y estar en ella es, de facto, poseerla. Sin embargo, “ganar la calle” equivale a apoderarse de ella, arrebatarla al adversario, con el objeto de impedirle que, desde ahí, se exprese, como si el que la hiciera propia tuviera la razón y, en consecuencia, se hallara más cerca de la victoria. La lucha política aspira a conseguir adeptos, convenciendo a la mayoría de las ventajas de una u otra causa, y para ello la publicidad de nuestro tiempo ha creado medios y maneras en cuya eficacia persuasiva se cree. De esto a imponer por el dominio de las áreas públicas la vigencia de una consigna o una ideología, hay un abismo.

La manifestación política, la muchedumbre reunida con el fin de vitorear a un hombre, constituye, sin duda, una tradicional costumbre en la pugna electoral de nuestro país y de otros países como él. Mientras esta consulta plesbiscitaria se mantenga dentro de los límites de la simple afirmación, mientras no se utilice el fervor como arma para agredir, puede sostenerse que se trata de un sistema destinado a verificar con anterioridad al sufragio el volumen de cada partido, aunque, en verdad, los cálculos realizados sobre la base de las zonas que ocupan los ciudadanos convocados a dicha clase de cita jamás sean fidedignos. Emplear, en cambio, a las masas como instrumentos gigantescos de intimidación, ya no es tan lícito. “Ganar la calle”, entonces, es aterrorizar, y el terror no es nunca un camino que conduzca a las justas soluciones.

Hasta que no reconozcamos que el único termómetro para medir la popularidad de un político es el escrutinio de las urnas en las cuales, rodeados de todas las garantías, hombres y mujeres han depositado su opinión, tendrán fortuna los lugares comunes que como éste de “ganar la calle” trasantan la escasa cultura civil de nuestro país. La Democracia se nutre de otro tipo de conquista: la conquista de la conciencia, contra la cual no valen ni siquiera los lemas más ingeniosos. Ante todo, los candidatos y los partidos deben ofrecer programas inspirados en una doctrina, o sea, en una concepción integral de las necesidades perentorias del país y de las posibles vías a través de las que es posible alcanzar una mejora radical para ellas. Contra un garrote o una chaveta, contra un cuerpo de choque y agresión, se puede levantar una muralla de principios desde la convicción de cada elector. El sufragio libre dará a conocer, cada vez, que de nada vale “ganar la calle” cuando no se ha ganado la confianza popular. Es sencillo deducir que quienes dan la bárbara orden de apoderarse de la vía pública por la fuerza, saben bien que no han logrado penetrar en el corazón de la gente honesta y tenerlo como el palpitante fruto de una siembra limpia de intenciones.

Sebastián Salazar Bondy